

TESTIMONIOS HOSPITALARIOS

A mosaic depicting Jesus Christ on the left, with a halo and a red spear wound on his side, and a woman on the right with her hands clasped in prayer. The background consists of a grid of white and gold tiles.

Sor Lorenza Toledo Silangan



“Doy las gracias a nuestro Señor por haberme llamado a la vida hospitalaria, donde he vivido preciosas experiencias”

Lorenza Toledo Silangan

Hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús



- 1. Rasgos biográficos**
- 2. Vocación**
- 3. Experiencia misionera**
- 4. Misión en la India**



1. Rasgos biográficos

Nací el 5 de septiembre de 1963 en el municipio de Oslob (Cebu, Filipinas). Mi padre es José Silangan, de profesión carpintero y muy devoto de San José. Mi madre, Leona Toledo Silangan, trabajaba en la granja familiar y también como ama de casa. Soy la más joven de nueve hermanos, nací después de seis hermanos varones, por lo que fui el centro de atención de la familia y recibí mucho afecto y amor por parte de todos, incluso de nuestros vecinos.

Lo primero de lo que fui consciente en mi familia fue de su fe sencilla, que se concretaba en la oración y devociones: rezábamos el rosario y las novenas después de cenar e íbamos a la iglesia todos los domingos. Mi padre fue mi primer catequiata, me enseñó a hacer la señal de la cruz, la oración del Ángel de la Guarda y el Padre Nuestro. Cuando aún éramos pequeños, mi madre solía dejarnos al cuidado de nuestra vecina mientras trabajaba en la granja, mis dos hermanas y hermanos mayores también trabajaban para ayudar a la familia.

Ingresé en la congregación el 27 de diciembre de 1993, realicé mi Primera Profesión el 15 de octubre de 1997 y emití mi Profesión Perpetua el 20 de septiembre de 2003. Después, en 2005, me enviaron a la India.

2. Vocación

A la temprana edad de cinco años, empecé a jugar a ser monja poniéndome una toalla en la cabeza a modo de velo. Con dieciséis años, mi deseo de entregarme a Dios era muy intenso. Este deseo me hacía ir, cada mañana, a misa para ver a las hermanas que acudían a nuestra parroquia. Cuando estaba a punto de decidirme a entrar en una Congregación de la zona, una amiga me dijo que no me podrían admitir por mí bajo nivel académico; solo había cursado la educación primaria y para ser admitida como candidata en una Institución religiosa se exige, al menos, haber finalizado los estudios de educación secundaria.

Acepté este hecho y continué, mi vida y mis estudios, disfrutando de mi juventud con mi familia y amigos, en la granja con los animales que cuidaba (cabras, pollos y cerdos). Disfruté de las actividades en la Iglesia y participé en los grupos que desde la parroquia se organizaban: era miembro de los "Niños de María" y de la "Legión de María". Pero el Señor había preparado el camino para que diera respuesta a su llamada, orientado hacia ella mi vocación y mi vida.

El Señor puso en mí la pasión por el estudio, por hacer una carrera universitaria y así trabajar en el extranjero para poder ayudar a mi familia, especialmente a mis padres ya mayores. Dios había trazado en mi vida caminos maravillosos. Me envió una mediación en las personas de Noy Romy y Nang Dhel, cuyo cariño desinteresado hizo que pagaran mis estudios: colegio, instituto y universidad, en este último lugar me convertí en una profesional, hecho que consideré extraordinario y una gran bendición de Dios.

Mi plan no era el plan de Dios, pero Él tenía algo reservado para mí. En el último semestre de mis años de universidad percibí, con toda claridad, que Dios me llamaba. No pude ser indiferente a esta llamada que había negado a lo largo de mis años de estudiante, escapando de aquella voz, porque quería cumplir mis planes de ir a trabajar al extranjero. Empecé a sentirme vacía, aunque lo tenía casi todo: dinero, amigos, educación... sentía que me faltaba algo; tenía hambre de gustar la Palabra de Dios. Experimenté un fuerte deseo de hacer algo por unas personas que me había encontrado, de camino a la Iglesia, revolviendo en la basura ya que no tenían nada para comer, ni un hogar en el que

guarecerse. Este panorama me hizo preguntarle al Señor *“¿Cómo puedo ayudar a estas personas?”*. Quería construir una casa para ellos, pero no tenía dinero para hacerlo. Esta era mi plegaria *“Señor, quiero ayudar a estas personas, guíame y muéstrame cómo. Amén”*.

En la Iglesia a la que asistía a la Santa Misa, en la parte en la que nos dábamos la paz como hermanos y hermanas, vi a mi vecina, que era compañera de clase de una de las Hermanas Hospitalarias de Cebú. Hablamos después de la misa y le conté mi plan y mi deseo de servir al Señor. Ella me dio el nombre de esa Hermana Hospitalaria y me animó a ir a su casa a conocerla. Tras reunirme con esta Hermana, me convertí en voluntaria habitual del centro psiquiátrico en el que las Hermanas Hospitalarias desempeñaban su labor. Ése fue el principio de mi vocación Hospitalaria.

Una vez finalizados mis estudios universitarios, había llegado el momento de unirme a la Congregación, no sin antes enfrentarme a muchas tentaciones y pruebas. En primer lugar, mi mejor amiga había vuelto de la Congregación a la que se había unido, en segundo lugar, la muerte de mi padre y, en tercer lugar, el regreso del que había sido mi novio, durante 11 años, que me propuso matrimonio. Sentí el dilema al elegir y me pregunté qué clase de vida quería Dios que viviera. Con el Señor me basta, decidí seguir a Cristo en la vida religiosa. El 27 de diciembre de 1993 ingresé en la Congregación de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

Aspirantado y postulante

Empezamos el aspirantado dos jóvenes que procedíamos del mismo lugar. Nos acogieron con cariño y nos informaron de todas las normas y reglamentos del centro de formación. Pasado un tiempo, comenzamos a acudir al mayor centro psiquiátrico de Manila para atender a los pacientes: les servíamos la comida, les ayudábamos a asearse y pasábamos tiempo acompañándolos. Al principio, me resultó muy difícil soportar el olor y la suciedad del lugar. A veces, se nos pegaban los piojos de los mismos enfermos.

En la comunidad, me conmovió la amabilidad y la sencillez de nuestra superiora. Antes de ingresar en la Congregación, tenía la idea de que las hermanas trabajaban en “la oficina” y no en trabajos comunes. Observé que nuestra superiora era muy servicial; cocinaba, limpiaba la casa, lavaba la ropa... Tenía un corazón de madre, siempre disponible cuando se la necesitaba. Me recordaba a M^a Josefa Recio, nuestra Fundadora.

Noviciado

El noviciado es una etapa muy exigente y bonita. Para mí fue un tiempo de purificación y discernimiento de mis motivaciones vocacionales, pude ver claramente cómo era la vida que Dios quería para mí. Se me presentaron muchos desafíos que me ayudaron a crecer como discípula de Jesús.

Nuestra formadora nos propuso buscar algunos bienhechores que nos ayudaran en nuestras necesidades y las de los enfermos que visitábamos. Aprendimos a pedir y hacer algunas cosas básicas como: cocinar para nosotras y nuestros pacientes, limpiar, hacer arreglos en la casa, coser y muchas cosas más.

Por otra parte, viví la experiencia de “amar y ser amada” lo que me ayudó a superar dificultades como ser juzgada, incomprendida, criticada... La gran prueba la sufrí cuando, a raíz de una dificultad vivida en el centro de formación, todas mis compañeras se fueron, y yo también estuve tentada de salir. Dios escucho mi oración y oí su voz que me seguía llamando a ser su discípula *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”* (Mt 16,24). Esto hizo que me diera cuenta de

que seguir a Cristo es aceptar las cruces de cada día. De hecho, mi formación se prolongó antes de la primera profesión y también antes de la profesión perpetua, situación que acepté creyendo sin reservas que, si Cristo de verdad me había llamado a la vida religiosa hospitalaria, me ayudaría a seguir adelante a pesar de tantos obstáculos, y que si realmente no estaba hecha para esta vida, no me quedaría por más tiempo.

3. Experiencia misionera

Después de mi Primera Profesión, la Superiora Provincial me nombró responsable de nuestro centro de día para niños pobres en Pasig (Manila). Al principio, la tarea me preocupaba porque no estaba acostumbrada a educar niños y no tenía la seguridad de si sabría tratarles con el debido cuidado. ¡Tenía tantísimo que aprender en el servicio hospitalario! Cada vez que acababa de estar con los niños, solía irme a la capilla a reflexionar, evaluar mi trabajo y pedir perdón al Señor para que me diera su luz y su fuerza, porque sabía que no trataba a los niños como el Señor quería. Poco a poco, aprendí la tarea. Aprendí a entregarme a la misión amando a los niños. Me ayudó ver a cada uno de ellos en el mismo Corazón de Jesús.



4. Misión en la India

Antes de mi Profesión Perpetua, en 2001, la Congregación planeaba extender en carisma hospitalario en India, yo era una de las hermanas destinadas a esta misión junto a otras de diferentes provincias. La superiora me llamó para hablar conmigo y comunicarme mi destino: la India. No sabía cómo ni qué responder. Para mí era difícil decir «SÍ», era complicado alejarme de mi amado país, de mi familia, de mis amigos, de mis hermanas de comunidad... para asumir y vivir otra cultura. Pero me di cuenta de que me había consagrado a Dios, lo que significaba que ya no era dueña de mi vida. Profesar mis votos significa estar disponible para hacer lo que Dios me pide a través de mis superiores. Pronto resolví la duda *“iré y serviré al Señor allí donde me envíen”* respondí, y acepté el reto de ir a la India. Nuestra salida estaba prevista para noviembre de 2001, sin embargo, en aquella fecha no pude ir ya que tenía que terminar mis estudios, que continué hasta la preparación a la Profesión Perpetua.

En 2003 me admitieron para realizar mi Profesión Perpetua. Con este motivo, me preparé para ir a España a formarme durante tres meses. Estaba muy feliz, pero tuve que lidiar con mucho papeleo por la propagación del virus SRAG. *“El Señor es mi luz y mi salvación”*, por eso pude superar las dificultades e ir a España, sola, con los bolsillos vacíos y confiando todo a Dios. Recé al Padre Menni y a Nuestra Señora para que me protegieran y me guiaran. Me sentía muy feliz de ver el lugar de nacimiento de la Congregación, la fuente de la Hospitalidad. En las clases permanecía en silencio, debido a mis dificultades con el dominio del idioma, pero estaba muy contenta.

Pensé que la misión que se me había encargado (ir a la India) se había olvidado, pero mi temor volvió cuando terminé la carrera de psicología en 2005, supe que ya había llegado el momento de ir a la India. Acepté el hecho sin reservas, asumiendo con serenidad todas las preocupaciones y añoranzas. No quería alejarme de mi gente, ni de mi país; no quería dejar a mis amigos ni mis costumbres. Estaba preocupada porque allí no conocía a nadie, tampoco a ninguna hermana. Todo era nuevo. Intenté dejar de lado mis preocupaciones y mis miedos. Lo único que podía hacer era confiar en Dios, que era quien me enviaba.

Sentía que era como una planta, que se trasplantaba una y otra vez

Partí hacia la India el 21 de junio de 2005, llegué ese mismo día. Vinieron a recibirme las hermanas y las jóvenes aspirantes. No fui capaz de fijarme en ellas, estaba abatida. Pasaron días, semanas y meses hasta que me adapté a la gente, a la comida y al trabajo. Debido a la dificultad para obtener el visado, me hicieron residente en Italia, pensando que así sería más fácil solicitarlo.



Cada vez que salía de la India solía ir a Roma, hacía muchos transbordos y viajes simplemente para solicitar el visado y volver a la India. Durante mi estancia en Roma, en la Casa general de la Congregación, aprendí mucho de las hermanas que vivían allí, su testimonio fue importante para mi vida hospitalaria. Aprendí la importancia del servicio. Todas las hermanas trabajaban, incluso la Superiora general; ese ejemplo de humildad permanece vivo en mí y me enseña a hacer lo mismo allá donde voy.

Con tantos traslados, sentía que era como una planta, que se trasplantaba una y otra vez. Fue una situación muy difícil, no podía establecerme en ningún sitio y siempre me tenía que adaptar a una nueva comunidad, nuevas personas y nuevas situaciones, pero había tanto que aprender, tantas personas y hermanas por conocer...



En 2008 estando en Roma, mi permiso de residencia expiró y tuve que quedarme más tiempo para renovar mi residencia. Me enviaron a la comunidad de Nettuno, en Italia, para integrarme con las hermanas y colaborar en el cuidado de las personas mayores del Centro. Me quedé allí durante más de un año, hasta que me concedieron la renovación de mi permiso de residencia. La misión que viví fue otra bonita experiencia.

En 2010, me pidieron que solicitara un visado de estudiante para quedarme durante más tiempo en la India. Pude conseguirlo y me admitieron como estudiante durante dos años, en la universidad también tuve dificultades con el idioma. Aunque se exigía como idioma oficial el inglés, los profesores y los estudiantes hablaban su propio idioma, que es lo normal en cualquier país. Cogía el autobús para ir a la universidad y volver a nuestra casa, como la dirección del autobús estaba escrita en malayalam (idioma local) tenía que preguntarle a alguien a dónde iba el autobús. El autobús estaba siempre lleno y tan sobrecargado que a veces solamente podía ponerme en la puerta y agarrarme bien porque, cuando tomaba las curvas, perdía el equilibrio, la gente me pisaba los pies. En ocasiones, lloraba al pensar en mi país, en la diferente situación que se vivía allí, donde los pasajeros ofrecían su asiento a los mayores, los religiosos, las embarazadas y a las personas con niños.

Seguí quejándome a Jesús y Él hizo que me diera cuenta de que realicé un voto de pobreza y que mi vida, como religiosa, tenía que ser para los pobres, para experimentar y vivir cómo viven ellos. Comprender esto me dio fuerza e inspiración y, a pesar de que muchas veces sentía que no lo podía hacer, nuestro Señor fue muy bueno al enseñarme a ser simple, humilde y buena religiosa hospitalaria. Le agradezco todas mis experiencias en la misión de la India.

He aprendido mucho de nuestro carisma hospitalario

Durante nueve años en la misión de la India, he aprendido mucho para crecer como persona, en mi relación con Dios y con los demás y, sobre todo, he aprendido mucho de nuestro carisma hospitalario con nuestros residentes, hermanas y con la gente de la India. Un día, estábamos solo dos de nosotras y tuve que sujetar, yo sola, a una de nuestras residentes que estaba alterada, para que la otra hermana pudiera darle el desayuno. Dentro de mi corazón, sentí temor. Pero tenía que hacerlo y reuní el valor necesario para inmovilizarla. Me dio una bofetada muy fuerte, que yo recibí sin resistirme, pensando que ese gesto no podría matarme.

Había otra residente a la que era complicado bañar (solía golpear, dar patadas, escupir y salpicar agua), cada vez que recibía un salivazo en mi rostro, pensaba en la carta del Padre Menni en la que mencionaba este hecho, eso me fortalecía y me ayudaba a ser más hospitalaria con los enfermos. Ver, oler y tocar heces es uno de mis puntos débiles, incluso cuando era una novicia. Cada vez que alguno



de nuestros enfermos nos llamaba, significa que alguien había defecado. Al principio, ignoraba la llamada esperando que alguien fuera primero, pero mi conciencia no estaba en paz y tenía que ser yo la que acudiera a ayudar a ese enfermo. Estas experiencias de misión hicieron crecer a mi corazón el don de la hospitalidad y fortalecer mi vocación.

Agradezco a Dios todas mis experiencias. Le agradezco que me diera valentía y que me protegiera durante mis viajes sola a muchos lugares, sin conocer personas ni culturas. Le agradezco el regalo de haber conocido a tantas hermanas de nuestra Congregación. Muy especialmente, le doy las gracias por todas las personas con las que he compartido experiencias a lo largo de estos años, especialmente en la India. Estoy muy agradecida a todas las hermanas de allí quienes, con su hospitalidad, me han enseñado a ser mejor hospitalaria y a crecer más en la universalidad de la Congregación.



Sobre todo, doy las gracias a nuestro Señor, que siempre me ha acompañado durante los años de misión y en todos los días de mi vida, gracias por haberme llamado a la vida hospitalaria donde he vivido muchas situaciones; gracias, sobre todo, por la experiencia de la HOSPITALIDAD.

En 2014, tras nueve años de misión en la India, volví a Filipinas. Actualmente estoy viviendo en la comunidad de Cebú, ayudando a nuestros pacientes del Centro Terapéutico.

¡GRACIAS!